

# S E R M O N

## PARA EL DOMINGO DE PASION,

### sobre la falsedad de la gloria humana.

*Si ego glorifico me ipsum , gloria mea nihil est.*

Si yo me glorifico á mí mismo , mi gloria es nada.  
*Joann. 8. 54.*

SEÑOR.

**S**I la gloria del mundo pudiera ser verdadera sin el temor de Dios , ¿qué hombre ha habido hasta ahora en la tierra que pudiese glorificarse á sí mismo como Jesu-Christo?

Además de la gloria de descender de una estirpe Real, y de contar á un David y á Salomón entre sus progenitores , ¿con qué resplandor no se manifestó él al mundo?

Registrad toda la carrera de su vida, y vereis que toda la naturaleza le obedece ; las aguas se consolidan para que camine sobre ellas : los muertos oyen su voz ; los demonios, atemorizados con su poder, huyen de su presencia ; los cielos se abren sobre su cabeza, y anuncian á los hombres su magnificencia y su gloria : el lodo entre sus manos dá vista á los ciegos : todos los lugares por donde pasa quedan señalados con sus prodigios : lee los secretos de los corazones ; vé lo futuro del mismo modo que lo presente ; se lleva tras sí las ciudades y los pueblos ; en los tiempos anteriores nadie habia hablado como él ; y admiradas las mugeres de Judá de su celestial eloqüencia, llaman feliz á la Madre que le dió á luz.

¿Qué

¿Qué hombre se vió jamás en la tierra rodeado de tanta gloria? Y con todo eso, nos dice que si se la atribuyera á sí mismo, y no fuera mas que una gloria humana, nada sería su gloria : *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est.*

La providad mundana, los grandes talentos, y las mayores felicidades nada son, si son puramente virtudes del hombre ; y no hay verdadera gloria sin el temor de Dios. Esto será el asunto de este discurso.

I. PARTE. Señor : yá há mucho tiempo que los hombres, siempre vanos, miran su gloria como su ídolo : los mas de ellos la pierden al mismo tiempo que la buscan ; y luego que ven tributar á su vanidad las alabanzas que solamente son debidas á la virtud, ya les parece que la han hallado.

No hay Príncipe ni Grande, por mas indignas y des-arregladas que sean sus inclinaciones y costumbres, á quien la vana adulacion no prometa la gloria y la immortalidad, y que no cuenten con los votos de la posteridad, quando acaso su nombre no llegará á ella, ó quando solamente será conocido por sus vicios : es verdad, que el mismo mundo que habia levantado estos ídolos de barro, los derriba al dia siguiente, y que se venga á su gusto en las posteriores edades de la impericia de sus elogios con la abundancia de sus censuras.

Y aun no suele esperar tanto tiempo : los públicos aplausos que se dán á la mayor parte de los Grandes mientras viven, casi siempre se hallan desmentidos inmediatamente en las conversaciones privadas, y juicios que de ellos se hacen : las alabanzas que se les tributan no hacen mas que despertar la idea de sus defectos : y apenas acaban de salir de la boca que los publica, quando expiran en el mismo corazon que los desaprueba.

Siendo, pues cierto que la gloria humana casi siempre queda degradada, aun en el mismo tribunal del mundo, ¿qué puede tener que sea real y verdadero en la presencia de Dios, á cuya vista solamente son Grandes los



los que le temen? *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia.* (1)

Y para hacer mas perceptible esta verdad, os suplico, Señores, que reparéis en que los hombres siempre han fundado su gloria en el honor y rectitud; en lo elevado y distinguido de los talentos; y finalmente en los sucesos famosos.

Pero sin el temor de Dios toda la providad humana ó es falsa, ó á lo menos no es segura: los mayores talentos son peligrosos ó para el que se gloria de ellos, ó para aquellos en quienes se emplean; y finalmente, las mas extraordinarias felicidades ó nacen de la culpa, ó en la realidad no son mas que delitos: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est.*

Dixe en primer lugar, que la providad humana sin el temor de Dios casi siempre es falsa, ó que á lo menos nunca es segura.

Bien sé que el mundo se precia de una fantasma de honor y rectitud, independiente de la religion, y que está persuadido á que puede uno muy bien ser fiel á los hombres, sin serlo á Dios; está adornado de todas las virtudes que pide la sociedad, sin tener las que manda el Evangelio; y en una palabra, ser hombre honrado sin ser buen Christiano.

Muy facil sería dexar al mundo este falso consuelo, sin disputarle una gloria tan vana y tan frívola como él mismo: y supuesto que él renuncia á las virtudes de los Santos, permitirle á lo menos las de los hombres: el querer quitarle el nombre de bondad, que es lo único que le queda, y lo que le consuela en la pérdida de todo lo demás, es acometerle por la parte mas flaca, y quitarle su último recurso: es despojarle de un honor y de una rectitud que cree propia suya, y que muchas veces suele disputar aun á los justos.

No le inquietemos, pues, en una posesion tan pacífi-

(1) *Judith. 16. 19.*

fica, aunque tan injusta: convingamos en que no obstante la depravacion y decadencia de las públicas costumbres, ha salvado el mundo entre sus ruinas algunas reliquias de honor y de rectitud; y que no obstante los vicios y pasiones que le dominan, todavia conserva baxo sus estandartes algunos hombres fieles á la amistad, zelosos del bien de la patria, rígidos amadores de la verdad, esclavos escrupulosos de su palabra, vengadores de la justicia, protectores de los flacos; en una palabra, sequaces de los placeres, y al mismo tiempo discipulos de la virtud.

Estos son los justos del mundo, estos los Heroes del honor y de la providad que tanto nos pondera, y los que todos los dias nos está oponiendo con un género de soberbia y ostentacion á los verdaderos justos: el mundo degrada al Evangelio por ensalzar á su ídolo: se precia de que solamente en él reside el honor y la verdadera rectitud: á nosotros nos apropia la flaqueza, la obscuridad, y la pusilanimidad que atribuye falsamente á la virtud, atribuyendose á sí mismo lo heroico y lo grande de ella: pero ¿qué cosa tan facil sería vengar el honor de Dios contra el culto vano y presuntuoso que el mundo tributa á su ídolo? Un soplo bastaría para derribar aquel edificio de vanidad y soberbia, sin que apenas quedasen de él mas que confusos vestigios.

Aquellos hombres virtuosos de que tanto se precia el mundo, no tienen en la realidad á su favor mas que el error público: quiero conceder que sean amigos fieles, pero el vínculo que los une es el gusto, la vanidad, ó el interés, y en sus amigos se aman á sí mismos: son buenos ciudadanos, pero la gloria y el honor que los resulta de servir á la patria son el único lazo, y la única obligacion que los une á ella: son amantes de la verdad, pero no es la verdad lo que buscan, sino la estimacion y confianza que por su medio adquieren entre los hombres: son fieles en sus palabras, pero es porque miran



como inconstancia y cobardía el faltar á ella, y en la realidad no es en ellos virtud el ser fieles en sus promesas; son vengadores de la injusticia, pero al mismo tiempo que la castigan en los demás, no hacen mas que publicar que ellos no son capaces de incurrir en la misma falta: son protectores de los flacos, pero quieren tener panegyristas de su generosidad, y el motivo mas poderoso que los obliga á aliviar la opresion y la miseria, son los elogios que los tributan los oprimidos. En una palabra, como dice la Escritura Santa, son llamados misericordiosos, y tienen todas las virtudes para el público, pero no siendo fieles á Dios ninguna tienen para sí mismos: *Multi homines misericordes vocantur; virum autem fidelem, quis inveniet?* (1)

Pero aun quando la providad del mundo no fuera casi siempre falsa, á lo menos es preciso confesar que nunca es segura: solamente la religion asegura la virtud, porque siempre son unos mismos los motivos que hallamos en ella: de suerte, que si ésta no mereciera delante de los hombres mas que la vergüenza y el oprobrio, no por eso dexaria de parecer mas hermosa y apreciable en la estimacion del justo; aun quando peligrara su vida por aspirar á ella, no pretenderia libertarla á costa de la virtud: aunque el vicio se presente al justo con los atractivos de la impunidad y del secreto, no por eso le parece mas amable, porque no teme á otro testigo mas que al mismo Dios, y ningun castigo le detiene tanto como la reprehension de su conciencia, aun quando la misma fama, y las públicas aclamaciones le solicitarán á seguirle. No es necesario alegar aquí exemplos de las muchas veces que la virtud mas estimada se ha hecho traicion á sí misma: además de estar el mundo lleno de falsos justos, y de que no todos los que tienen este nombre para con los hombres tienen igual mérito en la presencia de Dios,

(1) Proverb. 20. 6.

en todos tiempos ha sido muy propio de la injusticia del mundo el atribuir á la virtud las flaquezas del hombre: es verdad que el justo puede caer, pero solamente la virtud puede librarle, ó levantarle de sus caídas: solamente la virtud camina con seguridad, porque los principios en que estriva son siempre los mismos: las ocasiones no le autorizan contra la obligacion, porque las ocasiones nada mudan en las reglas: la luz y la vista del público son para ella lo mismo que la soledad y las tinieblas: en una palabra, ningun caso hace de los hombres, porque solo Dios, que es quien la está mirando, ha de ser su Juez.

Mirad si podeis hallar la misma seguridad en las virtudes humanas: como las mas veces tienen su origen en la vanidad y en la vanagloria, inmediatamente encuentran con su ocaso: como solamente se forman de la apariencia, se desvanecen luego, como aquellos fuegos fátuos de las exhalaciones, en la obscuridad y en las tinieblas; como solamente estrivan en las circunstancias, en las ocasiones, y en los juicios de los hombres, continuamente se están arruinando con estos débiles apoyos: siempre tienen baxo la inconstancia de su imperio los tristes frutos del amor propio: finalmente, como son obra flaca del hombre no tienen mas resistencia que él.

Si á uno de estos virtuosos del siglo se le presenta una ocasion segura de desacreditar á un enemigo, ó de perder á su competidor, con tal que conserve la reputacion y la fama de la moderacion mundana, ningun caso haria de si tiene el mérito para ella: con tal que su venganza no se oponga á su honor, no la juzgará indigna de su virtud: ponedle en unas circunstancias en que pueda conciliar su pasion con la estimacion pública, y no se detendrá en acomodarla á su conciencia: en una palabra, para él es lo mismo ser tenido por justo, que serlo en la realidad.

Al principio todo Israel parece que aplaudia la rebelion de Absalón; Achitophel, aquel hombre á quien el público tenia por tan prudente y virtuoso, y cuyos



consejos se miraban como consejos de Dios, prefiere no obstante el partido del delito, al que vé inclinadas las públicas aclamaciones, y la esperanza de sus adelantamientos, al de la justicia, que no le presenta mas que la obligacion.

Pero, Católicos, nada hay seguro en las virtudes humanas, si no está fundado en la virtud de Dios; aunque seais benéficos, justos, generosos, y sincéros, podreis ser útiles al público, pero sereis inútiles para vosotros mismos: hareis obras dignas de alabanza á la vista de los hombres, ¿pero serán por eso verdaderas virtudes? En un corazón que no está lleno de Dios, dice el Sábio, no se halla mas que vacío y engaño: el conocimiento de vuestra justicia y de vuestra virtud, ¡oh Dios mio! es la única raiz que produce frutos de immortalidad, y la única fuente de la verdadera gloria: *Vani autem sunt sensus hominis in quibus non subest scientia Dei.*

Y así es inútil querer hallar la verdadera gloria en el honor y provida mundana: el principio de la verdadera grandeza se halla en el corazón; y en el que está vacío de Dios no se halla mas que las baxezas y miserias del hombre.

II. PARTE. Acaso dirá alguno que las virtudes civiles por sí solas son demasiado obscuras, y que la distincion y superioridad de los grandes talentos nos dará mas derecho á la fama.

Pero, ¡oh Señor! ¿qué son los grandes talentos mas que grandes vicios, si habiendolos recibido de Dios, no los empleamos mas que para nosotros mismos? Estos talentos en nuestras manos, las mas veces son instrumentos de las públicas desgracias, y siempre vienen á parar en ser la causa de nuestra perdicion y condenacion eterna.

¿Qué cosa es un Soberano que nace con un valor lleno de actividad, y cuyos rayos resplandecen por todas partes desde su mas tierna edad, si no le guía y contiene el temor de Dios? Es un astro nuevo y maléfico que no anuncia mas que calamidades á la tierra: quan-

to

to mas crezca en esta funesta ciencia, mas crecerán con él las miserias públicas: sus mas temerarias empresas hallarán muy débil resistencia en el ímpetu de su carrera: se persuadirá á que con la fama de sus victorias borra su temeridad ó su injusticia: la esperanza de conseguirla será el único título que justifique la equidad de sus armas: todo lo que le parezca famoso, le parecerá tambien legítimo: mirará la vida tranquila y pacífica como una vergonzosa ociosidad, y como tiempo que se usurpa á la gloria: sus vecinos serán sus enemigos, luego que le parezca que puede conquistarlos: las lágrimas y la sangre de sus pueblos serán la triste materia de sus triunfos; consumirá y arruinará sus propios Estados por conquistar otros nuevos: armará contra sí los pueblos y naciones: turbará la paz del universo: Se hará célebre haciendo á muchos infelices: ¡qué azote este para el linage humano! Si hay algun pueblo en la tierra capaz de tributarle elogios, basta para su castigo el desearle un tal Príncipe.

Examinad todos los grandes talentos que hacen ilustres á los hombres, y vereis que quando estos se han hallado en sujetos impíos, ha sido siempre para desgracia de una nacion y de su siglo. La mucha ciencia, emponzoñada con la soberbia, ha producido aquellos Gefes, y aquellos Doctores de la mentira, que en todas las edades han levantado el estandarte del error y del cisma, y que han formado en el mismo seno del Christianismo las sectas que le despedazan.

Aquellos ingenios excelentes, tan ponderados, y que han sabido hacer renacer en su siglo el gusto y la delicadeza de los antiguos, luego que se corrompió su corazón, no han dexado al mundo mas que unas obras lascivas y perniciosas, en las que se halla el veneno preparado por una mano diestra, para que solo sirva de inficionar las públicas costumbres, y en las que beberán los siglos venideros la libertad y corrupcion del nuestro.

Pero volved á otra parte la atencion: ¿qué papel han



hecho en la tierra aquellos ingenios superiores, aunque al mismo tiempo ambiciosos é inquietos, que solo parece nacieron para poner en movimiento los Imperios y los Estados, y trastornar todo el Universo? Los pueblos y los Reyes han sido el juguete de su ambicion y de sus falsedades; las disensiones civiles, y las desgracias domesticas han sido los lúgubres téatros en donde han resplandecido sus grandes talentos.

Un solo hombre de baxo nacimiento, adornado de todas estas eminentes prendas de la naturaleza, pero sin conciencia y sin rectitud, fue capáz en los pasados siglos de elevarse sobre las ruinas de su patria, de mudar todo el semblante de una nacion vecina y belicosa, aunque tan zelosa de sus leyes y de su libertad, de hacerse tributar unos respetos que sus habitadores disputan á sus mismos Reyes, de trastornar el Trono, y dar al Universo un espectáculo de un Soberano, cuya Corona no pudo defender su sagrada cabeza contra la inaudita sentencia que le condenó á perderla.

Estos son unos spiritus bastos, pero inquietos y turbulentos, capaces de todo, menos de vivir tranquilos, que sin cesar están dando vueltas sobre el mismo punto en que se fixan; y que como Samson, aunque animados de muy distinto espíritu, mas quieren arruinar el edificio, y quedar sepultados entre sus ruinas, que dexar de vivir inquietos, y manifestar todos sus talentos y sus fuerzas: ¡desgraciado siglo el que produce estos hombres raros y maravillosos! pero no hay nacion que no haya tenido lecciones y exemplos domesticos de estas desgracias.

Y finalmente, quando no sean perjudiciales para su siglo, á lo menos lo son para sí mismos: son semejantes á un navio sin timon, llevado con todo ímpetu de vientos favorables; quanto mas rápida es su carrera, mas inevitable es el naufragio: no hay cosa mas peligrosa para estos hombres que los grandes talentos, quando su uso no es arreglado por la fé: las vanas alabanzas que los granjean estas brillantes prendas corrompen su corazon, y  
quan-

quanto mas extraordinarias son sus qualidades, mas profunda é irremediable es su perversidad: Dios abandona al soberbio á sí mismo: estos hombres tan famosos muchas veces expían con la infamia de una caída pública la injusticia de los públicos aplausos: sus vicios son afrenta de sus talentos; estos bastos ingenios, que parece nacieron para mantener los Estados son, dice Job, como unas débiles cañas, que no pueden mantenerse á sí mismas. Muchas veces hemos visto á las mas preciosas piedras del Santuario envilecerse, arrastradas indignamente entre el cieno, y entregados los mayores talentos á las mayores flaquezas: *Quia ducit Sacerdotes inglorios, & optimates supplantat.*

III. PARTE Los sucesos extraordinarios, y las felicidades que á ellos se siguen, no merecen alabanza alguna en los enemigos de Dios, ni les dan mas derecho á la verdadera fama que sus talentos.

Bien sé que el mundo suele aplaudir estos sucesos, y que en él, regularmente, no son las virtudes, sino las felicidades las que hacen los grandes hombres: el conquistar provincias, el ganar batallas, el concluir negociaciones dificiles, el asegurar el Trono quando amenaza ruina, es lo que dá motivo á los títulos é inscripciones, y á lo que el mundo consagra elogios y monumentos públicos para immortalizar su memoria.

No es mi intento persuadir á que se arruinen estas demonstraciones del público agradecimiento: todo lo que es útil á los hombres, es digno, en algun modo, de que estos lo agradezcan: la emulacion dá sugetos ilustres á los Imperios, y asi es necesario que las recompensas exciten la emulacion, y que el mérito vea que siempre le sigue el premio.

El gobierno político no se mete en sondear los corazonces, y solamente examina los actos exteriores; y aun en este punto hay algunos errores, que son necesarios para el buen orden del público: todo lo que le sirve de adorno debe parecerle digno de aprecio: y aquellas cos-  
tum-



tumbres, ó aquellos motivos que solamente afrentan al particular, no deben servir de mancha á los sucesos que han sido honrosos á la patria.

Pero si le es lícito al mundo ensalzar la gloria de sus Heroes, ¿por qué se le ha de prohibir á la verdad que hable en distinto estilo que el mundo? ¡ah! el mundo apenas perdona á nadie: únicamente están libres de sus dardos aquellos que viven lexos de él por razon de los tiempos ó de los lugares; los que están á su vista no están libres de sus censuras: luego que los conoce dexa de admirarlos, sin que en esto le podamos acusar de malicia ó injusticia; y es preciso creerle, pues habla contra sí mismo.

Y á la verdad, examinad los motivos de las acciones mas famosas, y de los mas extraordinarios sucesos: en lo exterior todo admira, y no se vé mas que el Heroe: pero entrad mas adentro, buscad al hombre, y vereis que, como dice el Sábio, no hallais mas que lodo y ceniza: *Cinis est enim cor ejus, & terra supervacua spes illius.*

La ambicion, la embidia, la temeridad, el acaso, y aun muchas veces el miedo y la desesperacion han sido causa de los mayores espectáculos, y de los mas ruidosos sucesos de la tierra. Puede ser que David debiese las victorias y fidelidad de Joab á la embidia que éste tenia á Abner. Muchas veces aspiramos á la fama por los mas viles medios: y muchas veces los caminos que nos conducen á ella son nuestra mayor afrenta.

Consultad á los que han tratado á aquellos hombres, á quienes en otro tiempo hicieron famosos sus felices sucesos, y os dirán que muchas veces no hallaban en ellos otra cosa grande mas que el nombre: el hombre desacreditaba al Heroe; su fama se avergonzaba de lo indigno de sus costumbres é inclinaciones: la familiaridad hacia traicion á la gloria de sus sucesos: era preciso acordarse de la época de sus grandes acciones, para persuadirse á que eran ellos los que las habian executado; y asi las magníficas decoraciones que nos deslumbran, y que sirven de tanto adorno á nuestras historias, ocultan muchas

ve-

veces los personajes mas viles y despreciables.

Señor, en los hombres no hay cosa alguna grande sino lo que proviene de Dios: la rectitud del corazon, la verdad, la inocencia, y la regla de las costumbres, y el imperio sobre las pasiones, son la verdadera grandeza, y la única y legítima gloria que nadie nos puede disputar: todo quanto hay en los hombres que proviene de ellos mismos, está manchado, por decirlo asi, con el mismo barro de que están formados: solamente la sabiduría, dice un gran Rey, está en posesion de la verdadera gloria, pues la gloria del pecador no es mas que oprobrio é ignominia: *Gloriam sapientes possidebunt; stultorum exaltatio ignominia.* (1)

La religion, la piedad, la fidelidad á todas las obligaciones que Dios nos impone respecto de nuestros próximos, y para con nosotros mismos, una ciencia pura y tranquila, un corazon que camine por las sendas de la justicia y de la verdad, que sea superior á todos los obstáculos que pueden detenerle, insensible á todos los atractivos que se juntan al rededor de él para engañarle, mayor que todas las cosas perecederas, y sujeto á solo Dios, esta es la verdadera gloria, y la basa de todo lo que hace grandes á los hombres: si descomponéis este fundamento, todo el edificio caerá en tierra, se arruinarán todas las virtudes, y nada quedará, porque solo quedará lo que somos nosotros mismos.

Vuestro reynado, Señor, estará lleno de maravillas, llevareis la gloria de vuestro nombre hasta las extremidades de la tierra, vuestros dias serán señalados con vuestras victorias, añadiréis nuevas coronas á las de los Reyes vuestros antepasados, y el universo entero resonará con vuestras alabanzas; pero si Dios no estuviera con vos, si el alma de vuestras empresas fuera la vanidad, y no la piedad y la justicia, no seriais gran Rey: vuestras prosperidades serian delitos, vuestros triunfos públicas des-

gra-

(1) Prov. 3. 35.



gracias ; seréis el terror y el espanto de vuestros vecinos, pero no seriais Padre de vuestro pueblo ; vuestras pasiones serian vuestras únicas virtudes ; y no obstante los elogios de la adulacion , compañera inseparable de los Reyes , no serian á la vista de Dios , y aun acaso de la posteridad , mas que verdaderos vicios.

Y así , Dios mio, nosotros no os pedimos para ese Augusto Niño esta gloria humana ; es verdad que ya parece que está pintada sobre la Magestad de su frente ; corre por sus venas con la sangre de los Reyes sus antepasados ; y vos , Señor , le hicisteis nacer grande á vista de los hombres , quando le hicisteis nacer de la sangre de nuestros Heroes : lo que os pedimos es la gloria que dimana de vos : ensalzad los dones naturales de que le habeis adornado , con el immortal resplandor de la virtud : añadid á las amables prendas que le hacen ya ser las delicias de sus pueblos , las que le pueden hacer agradable á vuestra vista : dexad á su nacimiento , y al valor de la nacion , el cuidado de la gloria mundana ; nosotros , gran Dios , no os pedimos mas que el que cuideis de su conservacion , y de su eterna salud : la historia de sus mayores es un titulo que nos asegura el resplandor y las prosperidades de su reynado , pero vos solo nos podeis asegurar la inocencia y santidad de su vida : la gloria del mundo es como el patrimonio que ha recibido de sus padres segun la carne ; pero vos , ¡ó gran Dios! que sois su Padre segun la fé , dadle la sabiduría , que es la gloria y el patrimonio de vuestros hijos : haced que su corazon esté siempre en vuestras manos , y será siempre mayor que sus felicidades y sus triunfos : haced que os tema , ¡ó gran Dios! y será temido de sus enemigos , y amado de sus pueblos : de este modo será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos : y no teniendo nada que temer por parte de su gloria , tampoco nos quedará que desear para nuestra felicidad.

## SERMON

PARA EL DOMINGO DE RAMOS,  
sobre los escollos de la virtud de los  
Grandes.

*Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Ved aquí á vuestro Rey , que viene á vosotros lleno de mansedumbre. *Matth. 21. 5.*

SEÑOR:

EN todas partes parece que exerce Jesu-Christo las prodigiosas funciones de su ministerio con alguna precaucion y cuidado : huye de las aclamaciones del pueblo que quiere colocarle en el Trono : escoge la soledad de lo mas elevado de un monte, distante de la ciudad, para manifestar su gloria á tres discipulos ; y los mismos demonios , que quieren publicarla , se hallan obligados por sus órdenes á ocultarla y callar.

Pero hoy se manifiesta abiertamente como Rey, y como un Rey que viene á tomar posesion de su Imperio: permite que se le tributen públicos respetos ; dispone como Soberano el inocente aparato de su triunfo : *Dicite quia Dominus iis opus habet* : entra en el Templo, y con públicos castigos restituye á aquel sagrado lugar la Magestad que le habia usurpado la indecencia de un infame tráfico : ya no es aquel hombre que se esconde de la vista del público ; es el hijo de David, que dá leyes, que exerce una suprema autoridad, y que quiere que toda Jerusalén sea testigo de su zelo y poder.

Este es , pues , el modelo de la piedad de los Grandes : á estos no les bastan las virtudes particulares , sino que necesitan tambien de virtudes públicas ; y así seria in-